LIBROS

Óscar Mach

El Nobel de Literatura en 2002, ayer en Barcelona, cree que en el Holocausto «no ha ocurrido nada que refute que pueda volver a ocurrir»

«Auschwitz es ahora un parque temático»

Imre Kertész publica «Dossier K.», una larga entrevista con su editor, las confesiones de un superviviente del Holocausto

ENSAYO

Imre Kertész

«Dossier K.»

EDITORIAL EL ACANTILADO

207 páginas. 16 euros

1 2 3 **4** 5

Cuando Imre Kertész, en el enésimo intento de explicarse a sí mismo lo inexplicable –la «ratio essensi» de una vida sin destino–, elige la forma socrática de un diálogo no lo hace al azar; al contrario, busca desesperadamente no sólo las palabras sino las mismas estructuras que se han revelado válidas en la tradición para acceder, lo más rápido posible pero sin atropellar a nadie, al corazón del hombre. Busca la continuidad del pensamiento humano, el esqueleto de una herencia sin la cual nada tendría la menor posibilidad de ser explicado en absoluto.

Cuando esto no curre, que bien lo sabe este autor judío y húngaro, la violencia se apodera de todo el espacio de los hombres, a costa de masacrarlos o corromperlos con los más refinados procedimientos.

«No puedo negar que Auschwitz se ha convertido en un parque temático», señalaba ayer irónico en Barcelona, y «es preferible andar tres kilómetros e ir al campo de Birkenau, que era realmente el campo de exterminio, y allí las grandes dimensiones muestran algo del horror que fue». Y continúa: «Cuando subes a la antigua torre de mando y ves esas líneas paralelas, se ve algo de esa racionalidad malvada, que sólo podía estar al servicio de la muerte». El holocausto no nos hace inmunes a su repetición: «Después de Auschwitz no ha ocurrido nada que refute que pueda volver a ocurrir, pues que sucediera una vez significa que hay la posibilidad de que se repita».

Se equivoca quien piense que «Dossier K.» es un libro fácil de escribir, un recurso ocasional para corregir puntillosamente los errores vertidos sobre el autor a lo largo de los últimos años, de ese periodo de su vida en el que, después de recibir en 2002 el Premio Nóbel de Literatura, ha sido objeto de miles de entrevistas en todo el mundo. Hasta ahí nos moveríamos en el plano de la mera anécdota. Kertész ha escogido a conciencia el género diálogo y ha trabajado hasta la extenuación la estructura de un texto complejo, medido y sumamente arriesgado. El diálogo se produce, en «Dossier K.», entre dos interlocutores inominados –¿el editor y el propio Kertész? ¿yo y el otro rimbaldiano? – que establecen una larga conversación sobre un triple eje cuidadosamente articulado. En primer término se establece un repaso sistemático por los acontecimientos de la vida de Kertész: su origen judío, su nacimiento en Hungría en 1929, su primera infancia marcada por la ruptura familiar y el ascenso de la violencia antisemita, los trabajos forzados y su posterior internamiento en Auschwitz y Büchenwald, la extraña vuelta a casa tras la liberación en 1945, los años de una juventud lastrada e indecisa, el fugaz idilio comunista, la lucha por la supervivencia material y espiritual bajo la presión del régimen totalitario, la escritura secreta, casi vergonzante, de una de las obras literarias más importantes del siglo en la década de los años 60, el largo matrimonio frustrado, la permanente tentación del suicidio, y, por fin, y no menos angustioso para él, la recuperación de la libertad política, la huida de la Hungría democrática, el asentamiento en Alemania, el Nóbel de 2002, el reconocimiento universal.

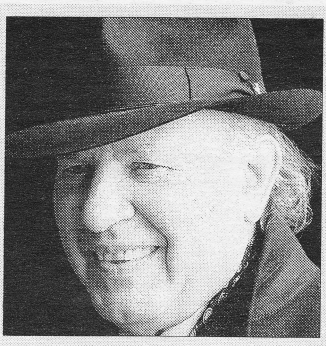
- **El argumento.** A través de una entrevista a su editor, realiza un retrato de su vida marcada por su paso por los campos de concentración nazis.
- **El autor.** Imre Kertész nació en Budapest en 1929. Con tan solo catorce años fue ingresado en Auschwitz. Nóbel de Literatura en 1992.
- **La frase.** «La pasión más aniquiladora del siglo XX es la renuncia al individuo y la acusación colectiva contra prueblos y grupos étnicos».

El primer plano, biográfico y lineal, se expande por medio de una reflexión intercalada sobre un tema que obsesiona a Kertész y ha constituido la materia prima de su escritura literaria: la indagación acerca del estatuto de la realidad que tenemos delante de los ojos y la posibilidad incierta de trasladar al papel eso que llamamos el ser de las cosas. ¿Qué significa por ejemplo que él sobreviviera a los campos de exterminio? ¿O el hecho de ser judío? ¿O el silencio de cuatro décadas de anonimato en una férrea dictadura comunista? Y, lo esencial: ¿Cómo ha sido posible hacer de todo eso literatura? «No ha cambiado nada después de Auschwitz en nuestra vida cotidiana, que es donde se gestó el horror», decía ayer.

«Dossier K.» se plantea, más allá del relato pormenorizado de una vida y de la escritura de unos libros, muchas de cuyas claves nos son reveladas a lo largo de doscientas páginas, como una gran cuestión de método, en el sentido que Descartes confiere a esta palabra. Es decir, como una forma de aproximación a la realidad.

Pero he señalado que el eje es triple. En efecto, sobre la espiral de sentido que conforman los dos planos ya citados, el relato asciende desde la primera línea hacia un pun-

Judío por su actitud ética y moral



Imre Kertész

El autor húngaro se define como judío, en su «actitud ética y moral, y no étnica y religiosa». «Dossier K.» surgió de manera espontánea como una autoentrevista en la que Kertész habla de sí mismo. Pero no vivió este texto como una entrevista, «sino más bien como un diálogo entre dos personajes que conviven dentro de mí».

to culminante en el que se alcanza el climax de la obra: el intento de meditar sobre eso que llamamos Auschwitz. Kertész recoge una frase suya literalmente escandalosa: «Auschwitz es el trauma más grande del hombre europeo desde la cruz» (178). Esta conexión, que ya Kafka había intuido proféticamente en el otoño de 1914, y que me temo que mucho pusilánime no le va a perdonar a Kertész, se enfrenta con eso que se ha llamado durante siglos el misterio del mal (Pablo de Tarso) y que el autor llama la «flexibilidad de la naturaleza humana» (127). Algo cuya lógica desconocemos pero cuyas secuelas experimentamos cada día en lo más recóndito de nuestro ser. Algo que conecta nuestro mundo, consumista y desenfadado, con la alambrada del Lager.

Como es natural, Kertész no plantea soluciones. No lo pretende. Es un novelista y en este punto sí es inflexible y no admite ninguna clase de contradicciones. La ficción se desenvuelve como un diálogo pero, al mismo tiempo, como en la obra de su admirado Platón, la charla entre los dos interlocutores no cierra nada. Al contrario: se abre, con toda honestidad, al espacio de la libertad interior del lector que se atreva a cruzar el umbral de esta obra límite, tremenda, desgarradora.

Álvaro DE LA RICA